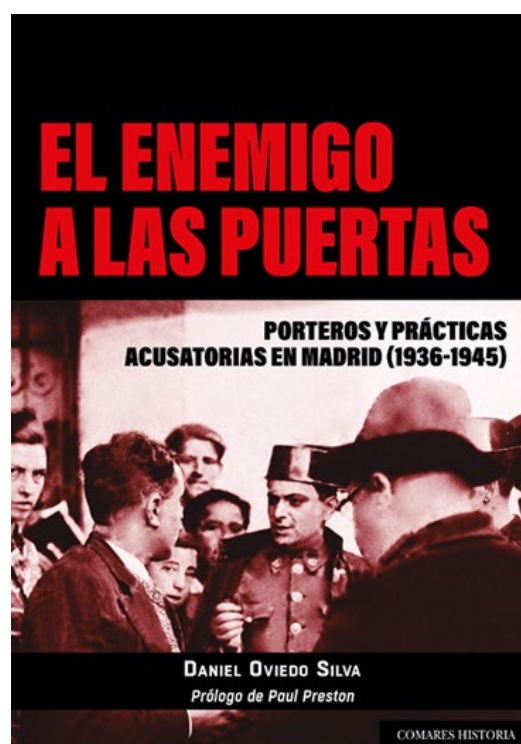


Daniel OVIEDO SILVA: *El enemigo a las puertas.*  
*Porteros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)*,  
 Granada, Comares, 2023, 340 pp., ISBN: 978-84-1369-359-0.

Miguel Ángel Carvajal Contreras  
 Universidad de Granada

**El portero, un personaje icónico de la vida cotidiana con una posición privilegiada para la obtención de información.**

La obra *El enemigo a las puertas. Porteros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)*, de Daniel Oviedo Silva, es el resultado de su tesis doctoral. Dicho autor es Licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Hispanic and Latin American Studies por la Universidad de Nottingham, siendo en la actualidad investigador del Fondo Documental de la Memoria Histórica en Navarra y profesor en la Universidad Pública de Navarra. El autor es, además, miembro del Grupo de Estudios de Historia de la Prisión y las Instituciones Punitivas, y ha formado parte de proyectos de investigación, habiendo realizado estancias en la Universidad Nacional de Córdoba, la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de Nottingham, lo que le ha permitido aproximarse a las formas de violencia y las prácticas punitivas en diversos contextos europeos y latinoamericanos.



En este libro, prologado por Paul Preston, que consta de una abundante documentación de archivo, hemerográfica y bibliográfica, nos aproximamos a un aspecto poco abordado en la historiografía, como es el papel de los porteros en las prácticas acusatorias y las delaciones en un espacio urbano, en este caso la ciudad de Madrid, particularmente durante los periodos de la Guerra Civil y la posguerra. Dichas delaciones terminaron implicando una forma de violencia intracomunitaria y de participación en la represión por parte de los mismos, si bien en ocasiones también ellos serían víctimas de dicha represión. Si las acusaciones eran vertidas en no pocas ocasiones por vecinos, en el caso de los porteros su labor en las fincas urbanas, manteniendo los edificios y

vigilando los mismos, los convertiría en un gremio fundamental para informar a las fuerzas del orden de los posibles movimientos subversivos y de las actitudes políticas de los vecinos de los inmuebles y de los barrios en los que estos se hallaban.

Dada la expansión de la ciudad de Madrid durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, el oficio de portero cobraría mayor importancia en la capital y su número se incrementaría considerablemente, siendo muchos de estos porteros nuevos vecinos provenientes de otras regiones españolas. El portero se iba a convertir en un personaje icónico de la vida en los barrios, adquiriendo fama, tanto los porteros como las porteras, de personas dadas al cotilleo, que siempre estaban vigilando la vida de los demás en sus edificios y en los alrededores de los mismos, dada su posición privilegiada para la obtención de información por desarrollar su trabajo en un espacio situado entre lo público y lo privado. Por lo tanto, el portero resultaba ideal para obtener información acerca de los barrios y para recurrir a él en caso de que se precisase alguien que los conociese en profundidad. Los estereotipos sobre los porteros se reproducirían tanto en el imaginario popular como en la prensa y las revistas satíricas de la época, en las que viñetas y chistes reforzaban la imagen generada en torno a este oficio como divulgador de rumores y vigilante de la vida cotidiana de los barrios.

El gremio de porteros no era homogéneo ni en cuanto a su procedencia geográfica, ya que procedían de diversos lugares de España, ni con relación a la ideología existente en el seno del mismo, puesto que, como se puede constatar mediante las formas de asociacionismo político y sindical de los porteros, mientras que unos se movían en ambientes más conservadores y católicos, agrupándose en asociaciones como La Honradez o el Sindicato Católico de Sirvientes y Porteros, otros se vinculaban en mayor medida al sindicalismo de izquierdas, sobre todo de índole socialista, como la Sociedad de Porteros de la UGT. Los porteros madrileños disponían de publicaciones periódicas, especialmente la publicada por la Sociedad de Porteros de la UGT, titulada *Sociedad de Porteros de Madrid y sus Contornos*, a través de las cuales mostraban sus inquietudes y la situación laboral de su gremio, que constituía una suerte de comunidad no siempre cohesionada, como puede observarse. De hecho, la violencia de índole política desatada con especial intensidad en la retaguardia republicana del Madrid de la Guerra Civil y en la posguerra, una vez consumada la victoria del bando franquista, nos muestra que dentro de estas comunidades, como el gremio de los porteros y las propias comunidades de vecinos y los barrios en los que estas se hallaban, la armonía no siempre era plena y las fricciones tenían a menudo graves consecuencias. Los porteros se verían también sometidos a vigilancia por parte de las autoridades a las que debían informar de las posibles disensiones políticas y actos delictivos.

Para mostrar una visión de largo recorrido, que ayude al lector a comprender la conformación de las prácticas delatoras entre los porteros de la capital madrileña, el autor traza la historia de dicha profesión y sus vínculos con las fuerzas del orden desde

la etapa de la Restauración, en la que la profesión de portero fue aumentando, hasta los primeros años cuarenta del siglo XX. Si bien el estudio en el que se basa la obra se centra en la etapa de la Guerra Civil y en la posguerra (en concreto la primera mitad de la misma), el autor no pierde la ocasión de mostrarnos cómo la relación entre los porteros y las instituciones punitivas se remontaba a la segunda mitad del siglo XIX, cuando los movimientos sindicalistas y republicanos comenzaban a adquirir auge en el país. El portero debía ser una persona de buena conducta y moral intachable, y debía estar dispuesto a colaborar en todo momento con la autoridad que lo requiriese para informar sobre las posibles actitudes sospechosas que tuvieran los vecinos de los inmuebles. Esto convertía al portero en alguien en quien se podía confiar con cautela, dado que a pesar de su labor como vigilante de la seguridad de los edificios y su ayuda en el mantenimiento de los mismos podía ser un delator si el vecino en cuestión cometía algún tipo de actividad fuera de la legalidad vigente en el momento.

La obra se estructura en diversos capítulos a través de los cuales vamos observando, cronológicamente, el desarrollo de la vinculación entre los porteros y las instituciones punitivas en el Madrid de las últimas décadas del siglo XIX y, sobre todo, de las primeras del XX, especialmente durante la Guerra Civil y los primeros años de posguerra. Los agradecimientos, escritos con una prosa de tal calidad que ya desde el inicio invita a leer el resto del libro, en los que el autor da un buen ejemplo de humildad al reconocer la ayuda y la influencia recibida por parte de numerosos investigadores e investigadoras tanto españoles como de otras nacionalidades, dan paso al prólogo, elaborado por el historiador hispanista Paul Preston, y centrado en la reflexión sobre la necesidad de profundizar en este tipo de estudios sobre la violencia intracomunitaria, y este da paso a una introducción en la que el autor nos muestra los casos de dos porteros del Madrid de los años treinta, vecinos de la misma calle, cuya vida se vería afectada por la Guerra Civil y sus actitudes políticas durante la misma. La obra se divide en tres partes, sobre las que profundizaremos a continuación, y finaliza con unas conclusiones a las que siguen las fuentes consultadas y la bibliografía, así como un apartado final en el que se muestran los anexos con los modelos de cuestionarios, fichas e informes y los sumarios del Archivo General e Histórico de la Defensa.

La primera parte, titulada «Nadie pase sin hablar al portero», consta de un capítulo, dedicado a la vigilancia urbana y las prácticas informativas antes de la Guerra Civil, entre 1874 y 1936. En el mismo, se nos muestra el oficio en el Madrid de la época, en el tránsito del siglo XIX al XX, y las formas de asociacionismo gremial existentes, que como hemos señalado anteriormente oscilaban entre aquellos que se adherían a grupos más conservadores y aquellos que optaban por los vinculados al socialismo, así como las formas de obtención de información a través de los porteros por parte de las instituciones policiales, como la Dirección General de Seguridad, y la imagen proyectada de los mismos a través de los textos de aquellas décadas. Algunos de estos porteros habían

ostentado previamente otros oficios, e incluso podían haber formado parte de las fuerzas del orden, por lo que conocían a aquellos miembros de la comunidad que resultaban más sospechosos por sus antecedentes en relación a su comportamiento o su ideología. Las autoridades judiciales solicitaban la comprobación de antecedentes y la emisión de informes de conducta de los vecinos sospechosos, y los porteros, al situarse en una situación privilegiada para la obtención de información, eran requeridos para aportar su opinión acerca del encausado o los encausados, pudiendo con su declaración perjudicarlo o favorecerlo, lo que ocurriría en no pocas ocasiones.

La segunda parte, titulada «La guerra en casa. Violencia política y prácticas acusatorias en el Madrid bélico», se divide en dos capítulos. El primero, dedicado a las actitudes de los porteros madrileños durante la Guerra Civil, nos muestra cómo transcurrió su vida cotidiana y las delaciones durante el conflicto, y el segundo, dedicado al comité de porteros de la Brigada García Atadell, nos muestra cómo esta brigada, encargada de la búsqueda de vecinos de la capital afines a la sublevación, se sirvió de los servicios de un nutrido grupo de porteros para conseguir acusaciones y poder apresar y represaliar a los delatados. Esta brigada sería desarticulada al vencer la guerra el bando sublevado y García Atadell sería represaliado cuando trataba de huir a Cuba. Con la entrada de las tropas franquistas en Madrid se pondría en marcha la represión hacia los que habían colaborado con las autoridades de la retaguardia «roja». Entre ellos había muchos porteros, otros, sin embargo, fueron utilizados como confidentes para obtener información sobre los vecinos de los diversos barrios de la capital.

La tercera parte, titulada «Umbrales después de la batalla. Violencia política y prácticas acusatorias en la posguerra madrileña», se divide en dos capítulos y aborda la represión sufrida por los porteros una vez finalizada la guerra y la labor de los mismos como colaboradores y delatores ante las nuevas autoridades del régimen franquista. Resulta de gran interés el apartado dedicado a la Medalla de la Fidelidad, condecoración con la que el Ayuntamiento de Madrid premiaría a aquellos porteros que habían demostrado permanecer fieles a los ideales que habían motivado el «Movimiento Nacional», defendiendo la integridad de los vecinos afines a la sublevación, haciendo propaganda de la misma en el Madrid de la retaguardia republicana o arriesgando sus propias vidas para salvar a los vecinos de dicha ideología y para evitar los saqueos de los edificios que custodiaban. El nuevo Estado reconocería sus servicios durante los primeros años de posguerra.

En conclusión, la obra reseñada supone un esfuerzo considerable por mostrar una cara más oculta del entramado de las prácticas acusatorias y la represión en la historia contemporánea de España a través del caso del gremio de los porteros, al que no se había prestado la suficiente atención. El autor nos acerca, en esta ocasión, a los porteros del Madrid de la Guerra Civil y la posguerra, etapas en las que la represión se convertiría en una práctica cotidiana, lo que favorecería las delaciones, que aunque consideradas algo

inmoral serían justificadas por el ambiente bélico reinante en la época, y donde los porteros tendrían un protagonismo destacado, siendo castigados o premiados según la retaguardia en la que se hallasen en cada momento. Un estudio novedoso que abre nuevos horizontes a futuras investigaciones sobre este campo, y que ya supone una obra de referencia en el mismo.